Guatemala: la escritura, la historia y la vida

Ana Lorena Carrillo

Introducción

Varias veces, mientras iba escribiendo estas páginas, me pregunté qué era lo que realmente quería decir en ellas. En las conversaciones con Gabriela,[1] mientras discutíamos las ideas, lo que ambas teníamos claro era que el punto medular giraba en torno a lo subjetivo y la manera en que aparece en la novela, la historia y el testimonio.

Posiblemente el tema acerca de la novela guatemalteca de los años noventa no haya sido un pretexto que se nos presentó a ambas para poner por escrito ideas y sensaciones que están presentes en nuestra manera de ver el mundo, en nuestras relaciones, en nuestro trabajo, en fin, en nuestra vida. ¿Por qué el tema de la novela guatemalteca nos dio tan oportunamente esa posibilidad? Creo que ambas hemos sentido que en ellas hay "algo" que nos pertenece muy profundamente. No se trata sólo de nuestra raíz centroamericana. Ese "algo" está compuesto de memoria, una memoria visual, olfativa, sentimental, cargada de subjetividad. Reconocemos esa memoria en las novelas que hemos leído y nos reconocemos ambas, cómplices en ello. Este reconocimiento, no obstante, nos ha resultado a veces conflictivo.

A través de la experiencia personal de escribir y discutir sobre este trabajo, fuimos pasando a hacernos preguntas más complejas que nos hicimos ahora por una razón: porque al hablar de la novela guatemalteca contemporánea y ver a través de ella relaciones tan estrechas entre ficción, historia y testimonio, descubrimos que no se trataba solamente de *la* ficción, *la* historia y *el* testimonio; sino de *nuestra* historia, *nuestra* ficción y *nuestro* testimonio personales. Se hizo un entramado y concluimos que este hecho enriquecía nuestras reflexiones. Las novelas que hemos leído son pocas con relación a la abundante producción de estos años. Sobre ellas hicimos algunas generalizaciones.

Al final de este texto hice una selección de fragmentos de algunos testimonios, ensayos y novelas para ilustrar no sólo la similitud con que los lenguajes de distintos géneros dicen acerca de las mismas realidades, sino también cómo la visión del conjunto "coral" aporta matices que hacen que esa realidad no sólo se comprenda con el intelecto, sino se sienta con la emoción. La selección también quiso poner aspectos de la realidad diversos, no sólo hechos, sino también sentimientos, sensaciones, imágenes y simbolismos. Debe entenderse como un ejercicio experimental, no como una técnica usada con dominio y experiencia porque no los tengo. No soy especialista, soy lectora y, en cierta medida, protagonista. Desde esa condición están escritas estas páginas.

En la última parte de estos fragmentos incluí uno que me pertenece. Estaba escrito en una carta que me envió mi padre hace varios años, donde copió la página de sus crónicas de aquellos días que creyó era mía. La encontré buscando libros y papeles que me sirvieran para este trabajo.

Historia y novela

La historia de Guatemala ha sido contada más por sus literatos que por sus historiadores. En la escuela se aprende poco y mal de la historia del país y el acercamiento a lo que somos se hace a través de leyendas, cuentos y novelas. ¿Cómo explicar y explicarse la enredada madeja de complejidades que han ido constituyendo a este país? ¿Con qué lenguaje contar, registrar y explicar lo que a veces es inexplicable, cuando ha habido un silencio tan profundo y prolongado de la historia? El lenguaje de la ficción ha llenado el vacío y terminamos por inventar un país en el que realidad y ficción olvidan sus límites. La nación guatemalteca aún no cristaliza y hay explicaciones sociológicas, históricas y políticas para ello; pero también porque —en consecuencia— no hay historia en que "leernos", hay literatura

y en ella perpetuamos nuestra imaginación nacional, ficcionalizada.

Cuando el novelista Francisco Goldman[2] escribe que el país de su novela es irreal, no lo dice porque él ha escrito una novela que dice cosas que no son, sino porque su ficción no alcanza a decir todo lo que en realidad es. La ficción de esa novela no alcanza a "evocar o exagerar" la realidad porque ésta la supera. Ninguna fantasía exagerada logra decir "la pesadilla real" —dice Goldman—, pero las pesadillas, se supone, no son reales. Lo cierto en este país es que eso no tiene aún un lenguaje histórico para ser contado, por eso sigue siendo pesadilla.



Como no tenemos narración histórica que nos sustente, nos sustenta la ficción. Ésa, tal vez sea una forma más de entender la sentencia de André Breton, consignada también como epígrafe en la novela de Goldman: "Guatemala no existe".

Los guatemaltecos que tenemos hoy alrededor de 40 años sabemos la historia de la primera mitad de este siglo en nuestro país porque escuchamos a nuestros abuelos y padres y porque leímos a Miguel Ángel Asturias y a Luis Cardoza y Aragón. Para saber la historia de la segunda mitad escuchamos de nuevo a nuestros padres, amigos y contemporáneos y a nosotros mismos y leemos a novelistas, poetas y dramaturgos. Leer literatura en Guatemala es leer historia en un sentido más completo cuanto mayores han sido la debilidad y los vacíos de la narración histórica propiamente dicha. Nos asimos a la voz de nuestros narradores y poetas con mayor fuerza cuanto mayor es el desamparo en que nos deja el silencio de la historia. En la voz de ellos nos reconocemos, hasta hoy, más y mejor que en ninguna otra. Se trata —por supuesto— de narradores hombres y ladinos en su mayoría.

La novela guatemalteca de hoy nos está contando apenas lo del día de ayer. Ayer está demasiado cerca y todavía nos asusta; tal vez no deje de asustarnos nunca. Su tono catártico es el mismo que anima los esfuerzos de las horrendas tareas de la Comisión de la Verdad. En un caso, la novela ficcionaliza la historia de todos en la voz del escritor; en el otro, el informe crudo historiza la pesadilla real en las voces de cada uno.

Una tras otra, casi sin excepción, las novelas recientemente editadas escritas por los jóvenes novelistas o los no tan jóvenes, repiten los temas: el miedo, el silencio, la muerte, la violencia, la camaradería, la insurgencia, la contrainsurgencia, la guerra, etcétera. Una repetición que no es moda, sino necesidad de sobrevivir. El lenguaje está teñido de alcohol, tedio, sexo e impotencia. Cuentan la historia desde su imaginación los hombres ladinos de clase media. Entretanto, las mujeres y los indígenas nos la cuentan en testimonios.

Jorge Semprún, escritor, ex comunista, ex ministro de cultura del gobierno español, sobreviviente de Buchenwald,[3] relata en una obra autobiográfica hechos terribles, ideas y sentimientos que han sido fundamentales en su vida personal y en la de todo el siglo. Los guardó durante mucho tiempo, pero la estrecha relación entre contar, silenciar, vivir, morir o sobrevivir, está presente en cada página. De igual manera, la novela guatemalteca relata con urgencia visible —como conjurando demonios de uno y de todos—, los feroces días y años de la guerra. Imposible no hacerlo. Es cuestión de vida o muerte.

Escribir y leer la misma vida

La escritura de estas obras resulta para el autor lo que su lectura para el lector que ha vivido historias semejantes. Terminando de escribir esto busco en un texto de Marco Antonio Flores sus razones para escribir: "Escribo para explicarme la vida, para recordar mis amores,

para renovar mis angustias y mis alegrías, para desentrañar mi cuerpo y mi entorno, para encontrarme con mi país y con mi gente", y más adelante: "Lo que me interesa fundamentalmente cuando escribo es exorcizar mis fantasmas..."[4]

La lectura de estas novelas de la postguerra —no por su temática, sino porque muchas de ellas son ediciones del periodo signado por los acuerdos de paz— es agobiante y dura. Ya hemos leído todos los periódicos, boletines, informes y análisis sobre lo que sucedió en Guatemala y de pronto no sabemos si el afán torturante de continuar ahora leyendo las novelas es solamente una vocación masoquista disfrazada de necesidad de comprender, o si simplemente vamos al encuentro de nosotros mismos.

Una noche, llena la cabeza de frases e imágenes sacadas de los libros, tuve una pesadilla. Me soñé entre mucha gente. Había niños entre ellos. Yo estaba con mi hijo Alejandro, que era bebé. Todo parecía ocurrir dentro de una casa muy grande. Nos perseguían, nos estaban matando y nosotros nos escondíamos en los baños, en los rincones. Ellos pasaban bajo las ventanas, en carros, asomando sus caras, disparando. Teníamos miedo. Yo lloraba muchísimo, más que otros que también estaban ahí. Había una alberca y una señora sentada con los pies dentro, y niños. Yo llegaba y sentaba a Alejandro en la orilla y le decía que se quedara como a tres personas de mí, era por si llegaban a matarme, que no le hicieran daño a él. En otro momento estaba yo con Alejandro en brazos, ya me habían apresado. Nos iban a matar a ambos. Yo escondía la cara de Alejandro en mi cuello y le hablaba para tranquilizarlo. Ya no tenía miedo, estaba como resignada. Le disparaban en la cabeza, a él antes que a mí. Yo sólo sentía correr en mi cuello lo caliente de su sangre. Luego sentí el arma apuntando en mi cabeza y la sensación de estar esperando el tiro. Luego nos metíamos en un baño varios de nosotros y un hombre asomaba la mitad del cuerpo por la ventana, rompía cristales, casi nos tocaba y tiraba dentro algo que alguien volvía a tirar para fuera de la ventana. Yo lloraba por mi mamá.

Es fácil tener pesadillas después de leer esas historias. Es difícil reconocer que las cosas terribles de otros son también nuestras. La novela, los testimonios, los informes de la Comisión de la Verdad, no han tenido más alternativa que sacar a la luz —con todo lo subjetivo que trae— el drama de un país por la vía de contar el drama personal de cada uno. Esa subjetividad que atraviesa todas estas narrativas será el material con que se haga más adelante la historia de aquellos años. Será una historia que, conscientemente o no, hará uso de ella, o será una historia incompleta. Aquí la subjetividad no está pidiendo permiso para ser parte de la historia, simplemente ya está ahí.

Ausencias, obsesiones y verdades

Asquea hasta la náusea el sonido repetitivo del lenguaje soez de los hombres elevado a rango de poesía. Tener que continuar recibiendo en la cara los escupitajos procaces de ese mundo masculino (de ciudad y clase media casi siempre), en cada página, como si no fuera suficiente con la memoria y la cotidianidad. Asquea, porque es un lugar violento, agresivo, machista, y porque siempre nos han lastimado, pero con todo, forma parte de esa atmósfera rasposa e hiriente que atraviesa las relaciones sociales en ese país, y en ella reconocemos el sonido verdadero de la sordidez que lo caracteriza.

Los hombres de la guerra hablan todo el tiempo, son ellos los que nos la cuentan en estas novelas. Treinta, cuarenta años de nuestra vida e historia nos es develada en cada página por sus palabras y por sus imágenes. Las mujeres que figuran en ellas son casi todas estúpidas, sumisas, ingenuas, impertinentes. La referencia a su cuerpo y sexualidad también es inevitable; naturalmente, desde los ojos y los deseos masculinos. Existe aquí un silencio significativo. Las mujeres no pueden ser mostradas desde su propia interioridad más que por ellas mismas y la novela actual no ha sido un terreno propicio.[5]

Los novelistas que escriben recordando sus conversaciones, rememorando los hechos que vieron o vivieron no encuentran en su relación con las mujeres una materia para su trabajo más que a través del sexo o de una distancia que las retrata ajenas a los intrincados y complejos mundos en que viven los protagonistas. Lo que resulta es la constatación de la indiferencia frente al mundo femenino que únicamente parece interesar en tanto cuerpo o fuente de seguridad afectiva. Sólo a veces, muy lateralmente, se filtra una cercanía, como el torvo personaje de *El último tango en París*,[6] arrastrado a acompañar a la Gala del hospital, mientras se desangraba por un aborto mal hecho, cede y en tres líneas abandona el hosco tono con que ha relatado el suceso, para decir: "Me miró asustada y comprendió su soledad, me agarró la mano y apretó como pidiendo solidaridad. Se la di, ella siempre me la había dado".

El evidente desprecio por las mujeres hace particularmente repug-

nante la atmósfera recreada a partir —en contraste— de intensas y profundas relaciones entre hombres cuyas virtudes y abyecciones terminan siendo el parámetro para adentrarse en las profundidades de la condición humana. La mezquindad con que son revestidos los interiores femeninos no admite que éstos sean concebidos como parte esencial de ese retrato.

La obsesión por la herida abierta entre dos universos culturales incapaces de hablarse entre sí se repite en buena parte de la producción novelística de los últimos años, como ha sido antes. La imposibilidad de un lenguaje común hace que aparezca bajo la forma de la ausencia, o por intentos de acercamiento desde el canon cultural ladino. La lectura de largos sonsonetes quejumbrosos salpicados de diminutivos y alusiones a la naturaleza, intentando parecerse a la voz indígena, resulta cuando menos irritante. Aunque el sonido existe, el intento de su transposición literaria no siempre cuaja, evidenciando el abismo que está ahí todavía. Ya se ha dicho, la novela aún sigue siendo un campo en el que los narradores son en su mayoría hombres ladinos y es bajo su mirada que la historia y la imaginación nos es devuelta. La poesía y el testimonio —más éste que aquella— parece ser en Guatemala —al igual que en otros países centroamericanos—[7] formas narrativas que por su cercanía a la oralidad son más aptas para la expresión de quienes no leen ni escriben; en este caso, mujeres e indígenas. A pesar de esta perspectiva unívoca, estas novelas, que por ser testimoniales y autobiográficas son también históricas, logran dar una imagen de totalidad precisamente con sus silencios y elusiones.

El género de la novela testimonial no es una producción de esta década. El marcado acento en el protagonismo del propio autor aparece ya en algunas novelas de finales de los años setenta y de la década de los ochenta.[8] Pese a la estrecha relación entre ficción, historia y testimonio, o quizá debido a ella, en esta novelística lo que se desmorona son justamente las ficciones y los falseos en los sucesos relatados, porque se atreve —mucho antes y con mayor audacia que el reportaje periodístico o el informe institucional de las Comisiones de la Verdad— a decir los secretos a voces. Se trata de una novela que, situada en la ficción, busca realismo y verdad. Quedan los hombres y los hechos más desnudos que cuando se muestran a sí mismos en sus propias palabras, y más claros que cuando se pretende explicarlos con la razón y el método.

De retratos y condición humana

Más allá del lenguaje ríspido y brutal, ciertos lectores leemos en estas novelas la propia vida y se descubre uno a sí mismo y descubre a otros que han formado parte de ella; pero no en el imaginario solamente, sino en la vida real, con rostros, apodos y señas. Diálogos, hechos e imágenes se presentan en letras negras sobre papel blanco, como si hubieran migrado de nuestra memoria hasta ahí sin saber cómo ni cuándo. No es difícil, aunque resulta a veces aterrador, ver, casi idénticos, a hombres y mujeres conocidos, escuchar conversaciones tenidas antes, encontrar en los muertos a nuestros propios muertos.[9] La tenue separación entre ficción y realidad, entre novela e historia, se convierte en algunos casos en verdadera conjunción. ¿Cómo entender si no así que la novela *Los muchachos de antes*, de Marco Antonio Flores,[10] haya sido citada hace apenas unos meses en un diario nacional como una fuente a propósito del turbio caso de la desaparición y muerte de la periodista Irma Flaquer? ¿Cómo, si en la novela ni siquiera aparece ese nombre?, o al revés: ¿cabe la coincidencia en la descripción hecha por personas relacionadas con aquel hecho que dieron versiones casi exactas a la de la novela?

Pero además de ser un despiadado retrato de una historia cruel, estas novelas son un doloroso laparoscopio que hurga en las interioridades de la condición humana en general, y en particular de la de una generación de guatemaltecos para la cual cada pequeña felicidad a lo largo de su vida está irremediablemente cercada por un recuerdo amargo; una condición humana que ha hecho posible que sucedan cosas que no pueden suceder.

"¡Ahora ya estamos contentos!", me dijo con mirada luminosa Susana Matías hace unas semanas, hablando de los nuevos tiempos. Susana Matías, de Todos Santos Cuchumatán. Su mirada en realidad había sido luminosa todo el tiempo, como la risa que compartía mientras hablaba. Hasta cuando con espontaneidad, y sin responder a pregunta alguna, habló de la guerra. Sin embargo yo percibí en las cadencias de su voz que ese "ahora" tenía dentro una ya muy larga duda. Tal vez Susana Matías sabe; porque por lo general nadie sabe en Guatemala estar contento, se nos ha olvidado.

Esa noche, en casa de Susana, en su cocina, con su familia, me sentí como en un refugio limpio, cálido y amable. Platicamos, nos reímos. El esposo de Susana, Segundo Mendoza, nos invitó a la mañana siguiente, de despedida, a una *cocacola*, sentados en el patio con él, y la

bebimos casi ceremoniosamente. Me regaló una más "para el camino". Es buena gente —pensé—, extrañada de que fuera posible.

Ficción, subjetividad y realidad

Le he preguntado a Silvia[11] —quien sabe de estas cosas—, que si la ficción es el lenguaje de la novela, la ciencia es el lenguaje de qué, ¿de la realidad?, ¿de lo objetivo?, ¿de lo existente?, y me ha contestado:

"—El lenguaje de la ciencia es el lenguaje de la ciencia."

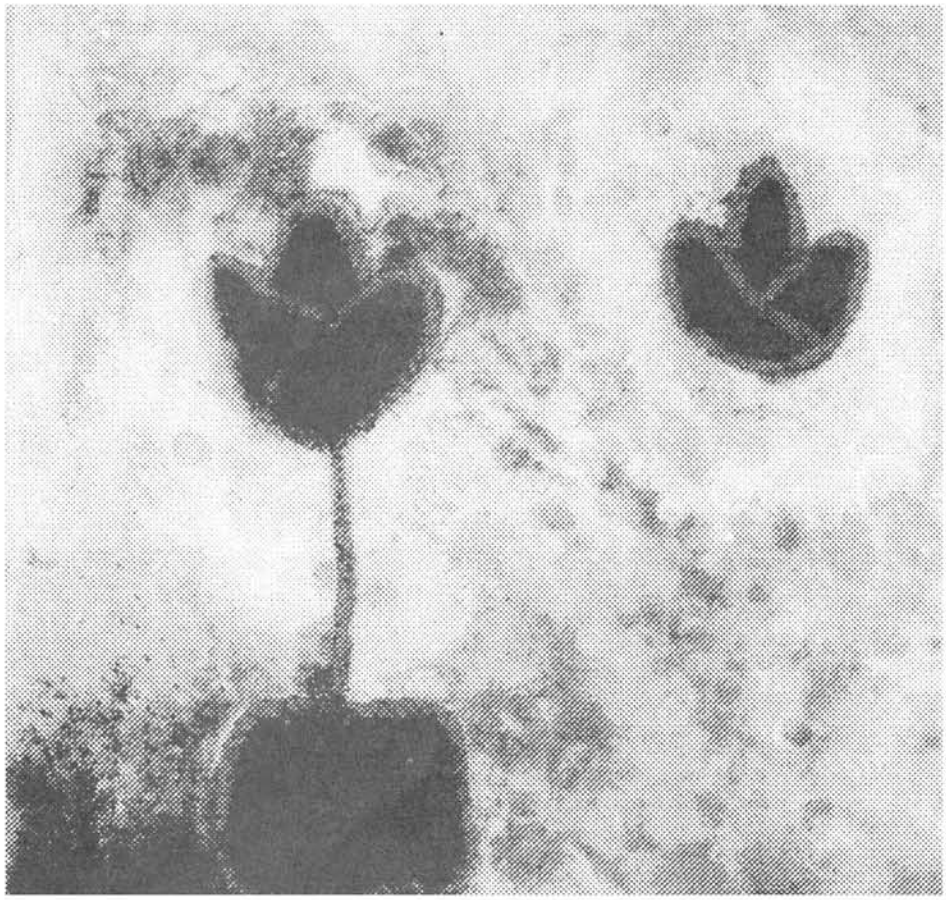
En efecto, así es, si uno parte de que la ciencia no explica toda la realidad o que ésta no puede ser explicada sólo por ella. Si uno parte de que la validez de la ficción para explicarla es la misma, y que lo personal y lo subjetivo del testimonio también la explican con igual validez. La novelística guatemalteca de estos años, testimonial e histórica, narra un acontecer que alcanzó a todo y a todos, uniformando nuestra experiencia vital. Cuando ocurre algo así se vuelve necesario decir y escuchar una y otra vez sobre lo mismo, para multiplicar la mirada sobre una realidad que nos rebasa como individuos y que al mismo tiempo es profundamente personal.

La novela de los años noventa nace de esta necesidad, acicateada ahora, en añadidura, por el aire desmitificador e irreverente de los tiempos. La lectura de fragmentos de algunas de estas novelas, testimonios y ensayos deja ver la similitud que hay entre géneros distintos para relatar este acontecer. Lo que es común a todos los autores —la experiencia— es relatada casi con las mismas palabras, aunque se refieran a hechos en los que el narrador no fue protagonista directo. La masacre realizada en una aldea es descrita desde todos los discursos de modo semejante. Incluso un sentimiento como la desesperación o la desesperanza, vueltos sentimientos colectivos, pueden ser dichos a través de lenguajes de muy distintas procedencias, así como imágenes y símbolos. También hay muchas preguntas que ningún lenguaje parece responder cabalmente. Hay necesidad de inventar nuevos lenguajes para dar cuenta de cosas que nos atañen porque los que tenemos no alcanzan. Las respuestas que queremos hoy ya no son las mismas de antes.

La pregunta de si la ficción y lo subjetivo también podrían explicar la realidad y hacerlo con validez semejante a otras explicaciones, surge de la discusión que se hace actualmente —sobre todo en los llamados "estudios culturales"—, de sugerentes argumentos encaminados a cuestionar el canon occidental como paradigma hegemónico de interpretación y conocimiento de la realidad.[12] De este modo, por los vericuetos del cuestionamiento que hace el multiculturalismo a este canon —en tanto etno y androcéntrico—, se abre la compuerta para que pueda pensarse que otros lenguajes nacidos de algo más que la razón puedan, con validez suficiente, ser aceptados como formas alternativas de conocimiento de la realidad. Así, la ficción que se entrelaza con la historia y los lenguajes simbólicos, oníricos, corporales, de la subjetividad de hombres y mujeres, de estas y otras culturas.

Es indispensable mencionar aquí especialmente el libro de Marc Zimmermman y Raúl Rojas.[13] Se trata de una obra vasta y ambiciosa que hace justamente un *collage* de voces sobre la historia de Guatemala. Es un ejemplo notable y además pionero de la reconstrucción de la historia nacional basada en las formas discursivas de literatos, actores sociales y científicos sociales, con un sólido sustento teórico. Sin embargo este *collage*, de acuerdo a lo expresado por los autores, "no puede pretender representar lo que una *historia objetiva*" (el énfasis es mío). En cambio, afirman, es una "construcción ideológica", una "historia ideológica". La pregunta que surge es la de si realmente existe una historia objetiva y cuál es ésta y también la de ¿qué historia no es ideológica?

Guardadas las obvias proporciones entre esa obra y este breve ensayo, una diferencia entre ambos es que Zimmermman y Rojas desautorizan las voces que nos dan, en nombre de una objetividad que colocan por encima de ideologías y horizontes culturales, como si la existencia de tal cosa no pudiera, al menos, ponerse en duda. Otra diferencia con el texto de Zimmermman y Rojas es que en él lo que hace "hablar" a los textos es una periodización histórica. En este ensayo, la selección se hizo en función de hechos concretos, sentimientos, percepciones, imágenes o símbolos, considerando éstos como parcelas de la realidad; enmarcados temporalmente en la década de los años noventa o cercanos a ella. Además, queremos poner en duda la existencia de una objetividad aséptica y pretender que voces múltiples de lenguajes de géneros narrativos distintos ofrecen una posibilidad para explicar más integralmente la realidad. Por otro lado, queremos aventurar que la validez de los discursos "no objetivos" se sustenta en la fuerza explicativa de la *experiencia vital* (racional, emotiva, cultural, corporal, etcétera) para conocer y comprender una realidad heterogénea, múltiple, excesiva, "irreal".



El problema de la objetividad en la historia y en general en el discurso de la ciencia, el de la hegemonía del canon occidental y la validez de otros cánones o el de los límites para definir lo que debe entenderse por realidad, son problemas complejos. Aquí no los abordamos. Algunas preguntas respecto a ellos fueron surgiendo de modo natural en el proceso de elaborar este trabajo. No se puede dar respuestas a estos asuntos. A lo sumo, plantear y compartir las preguntas, es todo.

Leer estos textos y encontrar en ello otra vez resonancias profundas de mi propia historia —sobre todo tratándose de temas dolorosos— es una experiencia personal fuerte. Algo en mí, difícil de decir, está dicho en ellas. Algo que considero esencial para explicarme a mí misma y a mi país, para explicarlo, está dicho ahí. En medio de la escritura de este trabajo he tenido pesadillas y sueños reveladores. Ignoro si las reflexiones hechas aquí tienen alguna trascendencia adicional a la que han tenido para mí en lo personal. No sé de qué orden podría ser si así fuera. Sé de donde viene la emoción que me movió a leerlas, a pensar e ellas, a escribir con Gabriela este trabajo, que no es otra cosa que una suma de conversaciones que vienen de años atrás, sobre nosotras, nuestras familias, nuestros países de niñez. También sobre libros, olores, personas, sabores y exilios.

Acaso esta trascendencia adicional sea —si es que es— la convicción sobre la fuerza de la vida total y del lenguaje con que ésta se expresa, para conocer la realidad. Una realidad que a fuerza de exceso se vuelve irreal: "Sí, el exceso de realidad se vuelve irrealidad, pero esa irrealidad se había convertido para mí en un súbito balcón desde el que me asomaba ¿hacia qué? Hacia lo que está más allá y que todavía no tiene nombre..."[14]

Muerte en el pueblo

El hombre de Montserrat • 1994 • Dante Liano • Novela

"Los indios se habían encerrado en los ranchos. Los sacaron a todos a la plaza. Tenían los ojos vidriosos de temor. Los soldados les gritaban, los empujaban, los pateaban [...] El sargento llamó a cinco de una lista [...] Parecían idiotas [...] Los amarraron. Los rociaron de gasolina. Les prendieron fuego."

"La historia de Santa Cruz del Quiché" en Guatemala: cosecha de violencias • 1991 • Robert Carmack • Ensayo histórico antropológico

"Catearon casa por casa buscando armas. Familias enteras fueron asesinadas a sangre fría, acribilladas mientras se revolcaban en sus camas y en sus casas."

Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia • 1985 • Elizabeth Burgos • Testimonio

"Los soldados tenían rodeado el pequeño pueblo. Había unos quinientos soldados. Habían sacado a toda la gente de sus casas [...] Entonces los pusieron en orden y les echaron gasolina."

Huracán, corazón del cielo • 1995 • Franz Galich • Novela

"Entramos a la aldea a las 9 de la mañana: parecía desierta, sólo un chucho de indio atravesó lo que era la calle principal [...] Entonces di la orden que buscaran en cada rancho y sacaran a todos a la calle y los reunieran frente a la iglesia..."

La desesperación y la desesperanza

Huracán, corazón del cielo • 1994 • Franz Galich • Novela

"Por eso es que la guerra se ha ido extendiendo, silenciosa, terrible, implacable, irreversible, caótica, miserable. Pero ¿qué otra salida teníamos?"

Los muchachos de antes • 1996 • Marco Antonio Flores • Novela

"Es como el círculo de la muerte la chingadera, porque a los chafas ya les gustó la sangre, el pisto y el poder y no dejan otra salida más que seguir el refuego..."

La guerra en tierras mayas • 1992 • Yvon Le Bot • Ensayo histórico sociológico

"El análisis me llevó [...] a poner en duda unas esperanzas y unas estrategias [...] que también fueron, en parte, mías: estrategias de las que pude pensar en un tiempo que, al menos en el marco guatemalteco, tenían la excusa de la ausencia de alternativas..."

Oficios de mujeres

El trueno en la ciudad • 1987 • Marco Payeras • Testimonio

"Adela, tía de Zoila, el respaldo adulto de la casa, ocupó un lugar en la mesita del presidium. Vivía de lavar ropa y de coser y no sabía qué hacer con sus manos desocupadas. [...] Ella y Cristina, su cuñada, respaldo adulto de la otra escuadra guerrillera, cosían las prendas de ropa que vendía en el mercado de la terminal el resto de las mujeres de la familia, también integrada a la organización como base de apoyo."

El hombre de Montserrat • 1994 • Dante Liano • Novela

"Su mujer salió de la cocina, secándose las manos con el delantal. —¿Qué tal mijo?— preguntó, mientras le daba un beso."

Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia • 1985 • Elizabeth Burgos • Testimonio

"Y otra de las cosas que nos enseñaba, también de nuestras costumbres, es que no hay que revolver la ropa de la mujer con la ropa del hombre. Nos decía de poner la ropa de mis hermanos por un lado, cuando se lava. Primero se lava la ropa de los hombres, decía ella, y lo último la de nosotras."

Los muchachos de antes • 1996 • Marco Antonio Flores • Novela

"Ella estaba removiendo la olla de frijoles cuando somataron la puerta. Se encaminó despacio a abrir [...] Ella abrió la puerta y una nueve milímetros se hundió en sus costillas."

Lo inexplicable

La guerra en tierras mayas • 1992 • Yvon Le Bot • Ensayo histórico sociológico

"Algunos hechos no parecen embonar bien en las interpretaciones funcionales [...] Matan por matar, comenta R. Falla, quien también descubre en aquel comportamiento unos elementos que superan todas "las explicaciones extrínsecas."

Los muchachos de antes • 1996 • Marco Antonio Flores • Novela

"Aquí nos tocó y a puro huevo tenemos que aguantarnos hablando del miedo, de la angustia, de la persecución y de la muerte. Lo demás son palabras idiotas y teorías que no encajan en nuestra realidad."

Identidades fragmentadas

Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia • 1985 • Elizabeth Burgos • Testimonio

"Que yo pensaba, si fuera yo solita, me muero aquí. La ciudad para mí es un monstruo, un otro diferente. El hecho de las casas y de los señores y yo decía, éste es el país de los ladinos, pues. Para mí era el país de los ladinos. Que nosotros éramos diferentes."

Los muchachos de antes • 1996 • Marco Antonio Flores • Novela

"El ave muda es un indígena aladinado moreno, casi tostado [...] Odia a los ladinos pero convive con ellos porque ya no podría vivir con los indios. Está crucificado es esa contradicción. Para superar u olvidar ese *shock* cultural se atora de *guaro* y lee todo lo que le cae."

"En la otra tierra del apartheid" en Los Mayas. La pasión por los antepasados, el deseo de perdurar • 1995 • Yvon Le Bot, Alain Breton y Jaques Arnauld, coord.• Ensayo

"En una localidad del Quiché, uno de los matones que destacaron en aquella época participa actual-

mente, como único integrante no indígena, en los desfiles y rituales tradicionales [...] Hay quien lo encuentra hasta cierto punto "asimilado", diríase engullido, en un oscuro vértigo por aquel otro al que intentara destruir."

Los objetos y el exilio

Los muchachos de antes • 1996 • Marco Antonio Flores • Novela

"Atrás quedaron sus objetos, sus rumbos diarios, sus libros, sus cuadros, sus muebles: el mundo personal que se compone de cosas que se han vuelto parte de sí, en las que se refleja, en las que va siendo."

Raúl Carrillo • Crónicas personales, escritas por mi padre, describiendo los días en que dejé a mi hijo Alejandro, de dos años, y todas mis cosas en casa de ellos en Guatemala, mientras me adelantaba en el viaje al exilio.

"Entre todas las cosas, Alejandro vio una jarrilla verde en la que se calentaba agua para café [...], la reconoció inmediatamente, se fue hacia ella, la cogió y dijo "ésta es mi jarrilla" y nos miró a todos, uno por uno [...] Todos nos quedamos callados y seguimos guardando cosas." ♦

Notas

[1] Mtra. Gabriela Yanes Gómez, profesora-investigadora de la Universidad Autónoma de Puebla.

[2] Goldman, Francisco. *La larga noche de los pollos blancos*. Anagrama, 1994.

[3] Semprún, Jorge. *La escritura o la vida*. Tusquets, 1996.

[4] Flores, Marco Antonio. *Los rollos que quedaron (collage)*. Óscar de León Palacios, Guatemala, 1997.

[5] Menton, Seymour. *Historia crítica de la novela guatemalteca*. Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos, Guatemala, 1985. En la bibliografía citada en esta obra es notable la presencia femenina en la novela guatemalteca de los años cuarenta al sesenta.

[6] Flores, Marco Antonio. *Los muchachos de antes*. Alfaguara, 1997.

[7] Mackenbach, Werner. "Tiempo y espacio en la novela nicaragüense de los años noventa", s/d/e, fotocopia.

[8] Cuevas Molina, Rafael, "La dinámica de la cultura en Centroamérica en la década de los años ochenta". Trabajo preparado para el proyecto de Historia General de Centroamérica de la FLACSO, s/d/e, fotocopia, abril, 1990.

[9] Arely, mi compañera de secundaria y universidad es una de las muchachas muertas en el accidente que se relata en la página 181 de *Los muchachos de antes*.

[10] Flores, Marco Antonio. *Op. cit.*

[11] Mtra. Silvia Kiczkovsky, lingüista, profesora-investigadora de la Universidad Autónoma de Puebla.

[12] Mis lecturas son mínimas, pero la bibliografía al respecto es abundante. Véase por ejemplo: Harding, Sandra "Is there a feminist method?" en Harding, Sandra (edit.), *Feminism & Methodology*. Indianan University Press-Open University Press Milton Keynes, 1987: Benhabib, Seyla, y Drucilla Cornell, *Teoría feminista y teoría crítica*, Ediciones Alfonso el Magnánimo, Barcelona, 1991; Bak, Hans (edit), *Multiculturalism and the canon of american culturale*, Amsterdam, VU University Press, 1993. Domínguez Michael, Chrispopher, "Observaciones sobre el canon de Bloom" en *Vuelta*, junio, 1997, no. 247; De la Nuez, Iván, "Sobrevolando el canon".

[13] Zimmermman, Marc y Raúl Rojas. *Guatemala:* Voces desde el *Silencio. Un collage épico*. Editorial Palo de Hormiga-Óscar de León Palacios, Guatemala, 1993.

[14] Paz, Octavio. *Vislumbres de la India*. Seix Barral, 1995.

